



Los exiliados de Eaton Hastings

MARTIN MURPHY*

Eaton Hastings es poco más que una aldea, situada al suroeste de Oxford, en la parte alta del Támesis. Se puede perdonar a los automovilistas por no haberse dado cuenta de que lo han atravesado en el camino entre Faringdon y Lechlade, ya que ahora consiste tan solo en unas pocas casitas pertenecientes a Buscot Estate. Buscot Park y su mansión del siglo XVIII fueron adquiridos en 1889 por el financiero escocés y magnate ferroviario Alexander Henderson, quien en 1916 fue ennoblecido con el título de primer barón Faringdon. Fue su compañía la que construyó el ferrocarril entre Algeciras y Ronda, con un hotel en cada uno de estos dos destinos para atender a los visitantes de Gibraltar. Su colección de bellas artes en Buscot incluía una de las pinturas de Murillo que el mariscal Soutl había saqueado de la iglesia de Santa María la Blanca en Sevilla. Su nieto Gavin, quien logró el título y las propiedades en 1934, fue contemporáneo de Evelyn Waugh en Oxford, donde fue uno de los más extravagantes de los llamados

Bright Young Things (tiene un papel como “Lord Parakeet” en *Decline and Fall*, de Evelyn Waugh). En 1924 salió de Oxford con una cuarta clase en las escuelas y una reputación de frivolidad, pero cuando heredó la herencia de su abuelo diez años después, se había reinventado como un socialista y pacifista comprometido. Al estallar la guerra civil española, ayudó a establecer el *National Joint Council for Spanish Relief* y salió hacia España con su Rolls Royce, adaptado para su uso como ambulancia en el frente de Teruel. Al final de la guerra, alquiló un bote que evacuó a cuatrocientos refugiados de Alicante a Orán y ayudó a rescatar a los trabajadores humanitarios de Gandía bordo de un destructor británico. De vuelta en Inglaterra, continuó promoviendo la causa republicana.¹

El 20 de mayo de 1937, cuando el asedio de Bilbao por los nacionalistas de Franco estaba llegando a su fin, unos cuatro mil niños vascos fueron evacuados en un viejo vapor de línea encargado por este *National Joint Council*, que creó un comité para organizar el éxodo y su recepción. Cuando el barco llegó a Southampton el 22 de mayo de 1937, todos los niños fueron llevados a un gran campamento cercano. A pesar de los esfuerzos de los trabajadores voluntarios británicos, los niños estaban profun-

* Martin Murphy es autor de: *El ensueño de la razón: la vida de Blanco White*, Sevilla: Renacimiento, 2011; *Inglés de Sevilla: El colegio de San Gregorio, 1592-1767*, Secretario de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2012; *The Duchess of Rio Tinto: The Story of Mary Herbert and Joseph Gage*, Oxford: St Clement's Press, 2015.

¹ Jim Fyrth, *The Signal was Spain*. London, 1986.

damente desorientados. Cuando se les dio a conocer la noticia de la caída de Bilbao sin previo aviso el 19 de junio, se produjo un terrible estallido de dolor. Algunos de los muchachos mayores salieron del campamento y se dirigieron a los muelles de Southampton con la esperanza de encontrar un pasaje a casa, para reunirse con sus familias. Muchos de estos llamados niños eran, de hecho, adolescentes madurados antes de tiempo, que habían asumido responsabilidades de adultos bajo el bombardeo. En Inglaterra fueron tratados como niños y sometidos a una disciplina institucional que les era ajena. Las autoridades los consideraron “difíciles”. Muchos, hijos de comunistas o anarquistas, estaban muy politizados. Un grupo de niños enviados a Sheffield alarmó a sus anfitriones en su primer viaje por la ciudad al vitorear cada vez que el semáforo se ponía en rojo.²

Entre junio y septiembre de 1937, casi todos los niños fueron alojados en unas setenta “colonias” dispersas por todo el Reino Unido. Una de las heroínas de esta historia, Poppy Vulliamy, tomó a un grupo de “chicos difíciles” bajo su protección y encontró para ellos un hogar temporal en una rectoría abandonada en la costa de Suffolk y más tarde en Thame, donde pasaron un frío invierno. A principios de 1938 habló con Gavin Faringdon, para decirle con sincera franqueza que como socialis-

ta debería compartir su mansión con las personas sin hogar. No estaba Gavin preparado para llegar tan lejos, pero sí puso a disposición una casa de su propiedad y la colonia se estableció en ella a finales de marzo de 1938. El 27 de marzo, uno de los niños, José Sobrino, murió en la enfermería de Radcliffe, Oxford, y en su certificado de defunción consta su dirección como “Casa Vasca, Eaton Hastings”. Fue este hecho el que inspiró a Luis Cernuda a la hora de escribir su *Elegía a un muchacho vasco muerto en Inglaterra*.

Cernuda había llegado a Inglaterra en febrero con la intención de quedarse solo por un mes o dos, para dar algunas conferencias que nunca se materializaron. Stanley Richardson, un miembro de la sociedad bien relacionado, organizó una recepción para él a la que asistieron celebridades como la duquesa de Atholl, la marquesa viuda de Reading, Gavin Faringdon, el embajador de China, Rebecca West y Rose Macaulay. Como Cernuda no hablaba inglés, debió ser un espectador mudo. Para entonces, el empeoramiento de la situación en España había desaconsejado el regreso y, con la mejor de las intenciones, Richardson sugirió que Cernuda se uniera a la colonia en Eaton Hastings. La idea estaba condenada al fracaso. El trabajo requería a alguien alegre y extrovertido, y Cernuda ciertamente no era eso ni estaba psicológi-

² Adrian Bell, *Only for Three Months: The Basque Children in Exile*. Norwich: The Mousehold Press, 1996.; Natalia Benjamin (ed.), *Recuerdos: Niños vascos refugiados en Gran Bretaña*. Mousehold Press, 2009.



camente preparado para el aislamiento rural. Si aceptaba el compromiso, su estancia allí sería una de las más breves.

La *Elegía* proporciona la única evidencia que definitivamente vincula a Cernuda con la colonia. Según la historia que le contó a Rafael Martínez Nadal, el niño, conocido por sus amigos como Iñaki, dominó rápidamente el inglés y mostró tal prometedor futuro que Lord Faringdon ofreció enviarlo a una escuela privada a su costa, una oferta que rechazó firmemente: “Mi padre trabajó en los altos hornos y en los altos hornos trabajaré yo” (Esta independencia de carácter y lealtad a la familia y de clase se refleja en la novela autobiográfica de Luis de Castresana, *El otro árbol de Guernica*). Poco después fue llevado a la enfermería de Radcliffe en Oxford, en estado crítico. Rechazó los últimos sacramentos y el crucifijo que le ofreció un sacerdote. Sin embargo, quería ver al “Señor Cernuda” y le pidió que leyera un poema. “No te vayas”, dijo, cuando terminó, “pero voy a volverme hacia la pared para que no me veas morir”. Cernuda y la enfermera española que estaba junto a la cama pensaron que era una broma macabra. Segundos después, el niño estaba muerto.

Hay poca discrepancia entre esta versión de los hechos, relatada por Martínez Na-

dal, y la expresada en la *Elegía*, especialmente las estrofas finales:

De un solo trago largo consumiste
La muerte tuya, la que le destinaban,
Sin volver un instante la mirada
Atrás, tal hace el hombre cuando lucha.
Inmensa indiferencia te cubría
Antes de que la tierra te cubriera [...]
Volviste la cabeza contra el muro
Con el gesto de un niño que temiese
Mostrar fragilidad en su deseo.
Y te cubrió la eterna sombra larga.
Profundamente duermes. Mas escucha:
Yo quiero estar contigo; no estás solo.

El certificado de defunción de José Sobriño declara que murió en la enfermería de Radcliffe, Oxford, el 27 de marzo, no por leucemia, según lo declarado por Martínez Nadal, sino por “*delayed arsenical poisoning, given as a therapeutic measure for congenital specific disease*” (“envenenamiento por intoxicación aguda por arsénico, administrado como medida terapéutica para una enfermedad congénita específica”). Un documento adicional denomina esa enfermedad como sífilis congénita. El niño fue enterrado en una tumba sin nombre en el cementerio de Rose Hill, Oxford, el 13 de abril, en una sencilla ceremonia a la que asistieron sus camaradas.³

³ Rafael Martínez Nadal, *Espanoles en la Gran Bretaña: Luis Cernuda. El hombre y sus temas*. Madrid: Hiperion, 1983, 22-32; idem, ‘Tres viñetas: el exilio literario español de 1939’, *Actas del primer congreso*. Barcelona: GEXEL, 2, 1998.

“Después de lo que he visto y experimentado”, Cernuda le dijo a Martínez Nadal: “Nunca volveré a un asilo de infancia”. Lo curioso es que ninguno de los niños supervivientes puede recordarlo. De regreso a Londres, intentó, pero no logró, encontrar un puesto de profesor y, a fines de junio, huyó a París, con la intención de ir a Barcelona. Ese plan desesperado fracasó, y en septiembre regresó a Inglaterra, donde encontró trabajo como asistente de español en la *Cranleigh School*. Esta segunda etapa de su exilio británico, en Glasgow y Cambridge, duró nueve años. En el barco que finalmente lo llevó a América en 1947, escribió:

Adiós, al fin, tierra como tu gente fría,
Donde un error me trajo y otro error me lleva.
Gracias por todo y nada.

Once años después, sin embargo, miró hacia atrás desde México de manera muy diferente: “Mi sur natal necesitaba el norte para completarme”. “Pocos extranjeros en Inglaterra”, continuó, “dejan de experimentar en Inglaterra cierta humillación nacida de la inferioridad inevitable ante el dominio del inglés sobre sí mismo y sobre el entorno, sobre sus maneras, naturalmente tan delicadas que muestran por contraste, la tosquedad, la rudeza de las nuestras”.⁴

De vuelta a Eaton Hastings, los muchachos del Bilbao industrial tuvieron dificultades para adaptarse a la vida rural en los terrenos de una casa señorial. Las fotografías que han llegado hasta nosotros los muestran saludando a la bandera republicana con los puños cerrados y blandiendo un ejemplar de *Solidaridad Obrera*. Se pelearon y el cocinero residente, un anarquista, fue despedido por incitarlos a ir a la huelga. Lord Faringdon no estaba preparado para soportar una revolución en su propia casa. Sin embargo, en una fiesta de despedida, en enero de 1939, en la que los partidarios locales del Partido Laborista trataron a los niños con “*a sumptuous tea*”, expresó la esperanza de que regresarían después de la derrota de los fascistas para construir una nueva España “con vigor y una conciencia social fortalecida por su estancia en Inglaterra”. Otro orador declaró que, si se había brindado la ayuda, no se daba con un espíritu de caridad, sino como un deber, sabiendo que los españoles luchaban no solo por ellos mismos, sino por “nosotros en Gran Bretaña” (for “*us in Britain*”), en primera línea de la batalla por la libertad y la democracia. Para entonces, la guerra prácticamente se había perdido, y muchos de los niños no volverían a casa hasta muchos años después.⁵

⁴ Luis Cernuda, ‘Historial de un libro’, *Prosa Completa*. Barcelona: Barral, 1975.

⁵ *Faringdon Advertiser*, 13 January 1939. Debo esta referencia a Natalia Benjamin. Véase también Nancy Johnstone, *Hotel in Flight*, London: 1939, 170-72.



En la primavera de 1939, la Casa Vasca (como todavía se la llama) acogió a un nuevo grupo de refugiados adultos, principalmente catalanes, la mayoría de los cuales estaban en tránsito hacia México. Entre ellos estaban el poeta Domènec Perramon, los periodistas Eduardo de Ontañón y Fermí Vergés, y el poeta andaluz Pedro Garfias.

Perramon fue el primero de los exiliados en encontrar inspiración creativa en el entorno poco probable de Eaton Hastings. Nacido en 1906, había vivido toda su vida en Arenys de Munt, cerca de Barcelona, ganándose la vida como director técnico de una fábrica textil y escribiendo poesía en su tiempo libre. Al igual que sus compañeros, el *Joint Committee for Spanish Relief* lo dirigió a Eaton Hastings, pero a diferencia de ellos, no se fue a México, sino que permaneció en Inglaterra, se casó con una inglesa y más tarde trabajó como traductor y locutor para el servicio hispanoamericano de la BBC. Luis Monferrer ha redescubierto recientemente su prolífica producción de funciones y dramatizaciones para la radio, unas ochenta en total, incluida una versión en español de *The Wind in the Willows*. No fue sino hasta 1977, el año posterior a su muerte en Londres, cuando se publicó en su tierra natal una selección de sus poemas en catalán.⁶ Entre ellos está el poema “*La cavalcada de la mort*”, que escribió en Ea-

ton Hastings el 30 de marzo de 1939, solo unas semanas después de su llegada. En su extraño paisaje, bajo un cielo sin alegría (*desheretat de mínima rialla*), escucha los gritos de camaradas moribundos cuya sangre mancha el camino por el que la Muerte, el Gran Devorador (*el Gran Voraç*) traza su camino aterrador. Detrás de los héroes en la cabalgata vienen miles de madres que buscan a sus hijos. No son las únicas víctimas: los supervivientes también tienen que soportar una especie de muerte en el exilio. Aunque Perramon se ganó la vida con las traducciones al español, se consideraba fundamentalmente un poeta catalán y creía en el renacimiento definitivo de Catalunya. De ahí la profecía, notable para su tiempo: “*Algú demà sabrà el nostre país / el clar sospir d’una aigua que es desglança*”.

Pedro Garfias, nacido en 1901, pasó su infancia y juventud en Andalucía. Descubrió su vocación como poeta temprano en la vida, se unió al partido comunista y destacó en la Guerra Civil como autor de una galardonada colección de poemas de combate, *Héroes del Sur*. El despido del puesto de comisario político y cultural del batallón Villafranca, en el frente de Córdoba, fue un duro golpe para su autoestima del que nunca se recuperó, y se convirtió en un alcohólico empedernido. Uno de sus muchos admiradores, Francisco Giner de los

⁶ Domènec Perramon, *Antologia poètica*. Barcelona: Curial, 1977. (Incluye una nota biográfica escrita por la viuda de Perramon, Brenda Hudson). Véase también Luis Monferrer, “Domenec Perramon (1902-1976) en la BBC”, *Las literaturas del exilio republicano de 1939. Actas del II Congreso Internacional*. Barcelona: GEXEL, t. 1, 385-98.

Ríos, quien lo conoció más tarde en México, pensó que el alcohol sacaba lo mejor de él: “Cuando hablaba en un estado de intoxicación, era el hombre decente, el hombre honesto que todos quisiéramos haber sido”. Max Aub lo describió como “el último poeta tabernario”.⁷

A Garfias se le concedió asilo temporal en Gran Bretaña a principios de marzo de 1939 y permaneció en la Casa Vasca del 8 de marzo al 8 de mayo. La idea misma de ver a Garfias en un entorno inglés, pareció *per se* algo cómico a sus amigos españoles. Aunque no hablaba inglés, los partidarios del Partido Laborista lo invitaron a tomar el té en Faringdon y frecuentaba el pub local en Eaton Hastings. Era casi seguro el Anchor Inn, un lugar tranquilo para pescadores frente a Kelmscott, a orillas del Támesis. La posada se quemó en 1980, pero era conocida como un lugar que el tiempo había olvidado, con truchas disecadas y percas en vitrinas, un reloj que hacía tictac y la charla tranquila de los pescadores. La relación de Garfias con el propietario de la posada se convirtió en parte de la leyenda que más tarde elaboró en México, donde llevó una vida nómada, yendo de ciudad en ciudad y de bar en bar como poeta y narrador de cuentos. Uno de los que lo escucharon fue Pablo Neruda, quien en sus Memorias transfirió el lugar del exilio de Oxfordshire a un paisaje más salvaje, más

acorde con sus propias ideas románticas (y tal vez las de Garfias):

«Otra historia que recuerdo con gran emoción es la del poeta andaluz Garfias. Fue a parar en el destierro al castillo de un Lord, en Escocia. El castillo estaba siempre solo, y Garfias, andaluz inquieto, iba cada día a la taberna del condado y silenciosamente, pues no hablaba inglés, sino apenas un español gitano que yo mismo no le entendía, bebía melancólicamente su solitaria cerveza. Este parroquiano mudo llamó la atención del tabernero. Una noche, cuando ya todos los bebedores se habían marchado, el tabernero le rogó que se quedara y continuaron bebiendo en silencio, junto al fuego de la chimenea que chisporroteaba y hablaba por los dos.

Se hizo un rito esta invitación. Cada noche Garfias era acogido por el tabernero, solitario como él, sin mujer y sin familia. Poco a poco sus lenguas se desataron. Garfias le contaba toda la guerra de España, con interjecciones, con juramentos, con imprecaciones muy andaluzas. El tabernero lo escuchaba en religioso silencio, sin entender naturalmente una sola palabra. A su vez, el escocés comenzó a contar sus desventuras, probablemente la historia de su mujer que lo abandonó, probablemente las hazañas de sus hijos cuyos retratos de uniforme militar adornaban la chimenea. Digo probablemente porque, durante los largos meses que duraron estas extrañas conversaciones, Garfias tampoco entendió una sola palabra. Sin embargo, la amistad de los dos hombres solitarios que hablaban apasionadamente cada uno de sus asuntos y en su idioma, se fue acre-

⁷ J.M. Barrera López, *Pedro Garfias: Poesía y soledad*. Sevilla: Alfar, 1991; Francisco Moreno Gómez, *Pedro Garfias: Poeta de la vanguardia de la guerra y del exilio*. Córdoba, 1996.



centando y el verse cada noche y hablarse hasta el amanecer se convirtió en una necesidad para ambos. Cuando Garfias debió partir para México se despidieron bebiendo y hablando, abrazándose y llorando. La emoción que los unía tan profundamente era la separación de sus soledades». ⁸

De este caos surgió la larga elegía pastorial cuidadosamente orquestada “Primavera en Eaton Hastings”: un poema bucólico con intervalos de lamentación”, que Dámaso Alonso debía describir como la mejor obra de poesía que surgió de la diáspora republicana. La primera edición, publicada en México en 1941, incluía el subtítulo adicional “Escrito en Inglaterra durante los meses de abril y mayo de 1939, después de la caída de España”. Consiste en un ciclo de veinte poemas puntuados por dos intermedios: “Lamentación en una isla” y “Noche con estrellas”. ⁹

El ciclo se abre en el idioma clásico de Garcilaso de la Vega, con el poeta solo en el entorno idílico de un *locus amoenus*, un parque inglés en primavera. El amado a quien se dirige está al mismo tiempo ausente y presente, a veces visto como una ninfa, o transformado en rasgos del paisaje. Esta cualidad proteica impregna todo el poema: las imágenes pasadas y presentes se disuelven y mutan continuamente entre sí. Al fi-

nal del primer poema hay una primera y vívida premonición al atardecer de lo que yace enterrado bajo la aparente tranquilidad:

El cielo en plenitud abre sus venas
de calurosa y colorada sangre
y alza mi corazón su pesadumbre
como un nido de sombras un gigante.

El paisaje artificial de Buscot no tiene significado para Garfias. Exteriormente ve su parque vacío, primorosamente cuidado; interiormente ve un tramo de país muy diferente, abrasado por la cegadora luz del sol: “Cada día cuelgo del monte nuestro cielo limpio, planto en el lago nuestra rubia era, y el ancho río de corriente pródiga vacío lentamente... Allí donde los pinos y los álamos, donde la encina sólida y el roble, el claro olivo de verdor de plata. Y sobre el culto césped el triunfo de la espiga”. Lo que ve es “mi blanca Andalucía”.

A medida que avanza el ciclo, la melancolía y la nostalgia dan paso a la ira insinuada anteriormente, que culmina en el estallido:

Hombres de España muerta, hombres muertos
de España,
¡Venid a hacer los coros a estos pájaros!

⁸ Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*. Buenos Aires, 1974, 197-98.

⁹ *Primavera en Eaton Hastings*, ed J.M.Barrera López. Málaga: Centro Cultural de la Generación del 27, 1994. Debo mucho a la crítica de Javier Pérez Bajo, ‘Una primavera en Eaton Hastings: el primer exilio del poeta Pedro Garfias’, *Insula* 653 (Mayo 2001), 24-28.

La irritación ante la complacencia inquebrantable de la escena sale a la superficie. Inglaterra duerme, sumida en la rutina, indiferente al mundo que hay más allá:

Solo en medio de un pueblo que forja su destino ...
que cuida con ternura franciscana sus flores
sus aves y sus peces y esclaviza a la India,
solo en medio de un pueblo que duerme en
esta noche
yo he de gritar mi llanto.

Buscot no había domesticado al comisario político. Su propia tranquilidad tenía un efecto irritante en lugar de pacificador sobre él. No debía dejarse seducir más allá de sus recuerdos de calor, polvo, derramamiento de sangre y camaradería. Le inspiró no por lo que era, sino por lo que no era.

El último de los exiliados de Eaton Hastings, Arturo Barea, pasó los últimos diez años de su vida (1947-1957) en Middle Lodge, como inquilino de Lord Faringdon.¹⁰ Los dos probablemente se conocieron a través de la *Fabian Society*, para la cual en 1945 Barea escribió un folleto sobre “Spain in the post-war world”. Había llegado a Inglaterra en 1939 con su esposa Ilse Kulcsar, una periodista austriaca a quien había conocido cuando ambos trabajaban como censores de la oficina de prensa del gobierno durante el asedio de Madrid. Poco des-

pués de su llegada, Ilse encontró trabajo en el Servicio de Escucha de la BBC, con sede en Evesham, en Worcestershire. Una joven inglesa de este Servicio lo describió como “la colección más increíble de individuos y nacionalidades jamás reunida en un lugar tan pequeño”, escuchando transmisiones en treinta y dos idiomas, no solo de la Europa ocupada sino también de lugares tan lejanos como Japón.¹¹ (Incluso había un escocés cuyo trabajo consistía en escuchar transmisiones de Berlín en gaélico escocés, entregadas por un profesor alemán con la vana esperanza, tal vez, de convertir las Hébridas Exteriores al nazismo). Ilse y Arturo se establecieron en el pueblo de Fladbury, cerca de Evesham, donde Arturo acogió su nuevo entorno con entusiasmo. Muchos de los expatriados de Evesham, como George Weidenfeld y Ernst Gombrich, eran intelectuales de Europa Central que se sentían como en casa en un café urbano más que en un pub rural, pero Arturo bebió cerveza y conversó con los lugareños. Nunca se molestó en aprender inglés sistemáticamente, pero tenía un vocabulario extenso y, según Gerald Brenan, hablaba con acento de Worcestershire. Aunque el servicio español de la BBC lo rechazó por estar demasiado comprometido políticamente (a pesar de que nunca fue comunista), consiguió un trabajo en el servicio hispanoamericano,

¹⁰ Para una biografía completa, véase Michael Eade, *Arturo Barea: Triunfo en la medianoche del siglo*.

¹¹ Olive Renier, una amiga cercana y colega de los Bareas recordó la atmósfera en sus memorias, *Before the Bonfire* (Shipston-on-Stour: Drinkwater, 1984, 100-101).



por el cual transmitía una charla semanal todas las semanas desde 1940 hasta 1957, el año de su muerte. Bajo el seudónimo de “Juan de Castilla”, realizó ochocientas de esas charlas junto a la lumbre.¹²

Fue en Fladbury, durante la guerra, donde continuó escribiendo su obra maestra, la novela autobiográfica publicada por primera vez por Faber en tres partes sucesivas entre 1941 y 1946: *The Forge* (infancia y juventud), *The Track* (su servicio en la Guerra de Marruecos), y *The Clash* (la Guerra Civil y su preludio). La trilogía se publicó como un solo volumen, *The Forging of a Rebel*, en 1946. Esta versión en inglés, traducida magníficamente por Ilse del original en español, fue traducida a su vez a nueve idiomas europeos, y a finales de los años 1940 y principios de los 50 Barea fue quinto en la lista de los escritores españoles más traducidos, después de Cervantes, Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez y Lorca. Pero había escrito el trabajo para sus compatriotas, españoles de su generación y clase (la gente de abajo), las personas con las que había crecido, y es una tragedia que no hayan tenido la oportunidad de leerlo hasta que ya era demasiado tarde, momento en que la historia había cambiado. Aunque la primera edición en español original se publicó en Buenos Aires en 1951, no apareció en

España hasta 1978. El problema era que el original en español de Barea se perdió y tuvo que reconstruirse sobre la base de la traducción de su esposa al inglés. Hoy en día, como tristemente ha observado Michael Eaude, casi nadie en España lee a Barea, aunque el propio Eaude, Nigel Townson y Gabriel Jackson han hecho mucho para enmendar este olvido. La falta de reconocimiento de Barea se debió no solo al ostracismo por parte del régimen franquista, sino también, en parte, a su rechazo por parte de intelectuales emigrados como Martínez Nadal, que lo consideraban con un desdén nacido del esnobismo intelectual: “Barea, como se había autoformado, carecía incluso de la formación cultural más elemental y de las lecturas de fondo adecuadas”. La falta de pretensiones fue, de hecho, la fortaleza de Barea, como observó Emir Rodríguez Monegal en una revisión de la edición en español (publicada en el *Times Literary Supplement* del 2 de mayo de 1952), que sigue siendo la evaluación más acertada del trabajo de Barea.¹³ Barea siempre fue inconformista, escribió, y eligió deliberadamente un estilo poco ortodoxo, “áspero y desprovisto de florituras lingüísticas”, que mostraba “la franqueza y efectividad, la debilidad y la fuerza del discurso popular”. Su lenguaje era el de las

¹² Una selección de estas charlas radiofónicas, *Palabras recobradas*, editadas por Nigel Townson, fue publicada por Debate, Madrid, en 2000. Véase también Luis Monferrer, “La colaboración de Arturo Barea, ‘Juan de Castilla’, en la BBC”, *El exilio literario español de 1939*. GEXEL, 1998, 650-51.

¹³ Cf. Emir Rodríguez Monegal, *Tres testigos españoles de la guerra civil*. Caracas: Monte Ávila, 1971, 45-62.

personas simples: describió lo que vio, olió, tocó y sintió.

Hubo otras razones que pueden explicar por qué el libro tenía más atractivo para los lectores ingleses (sus admiradores incluían a Orwell, T. S. Eliot y Cyril Connolly). La autobiografía todavía era un género relativamente desconocido en España, y los críticos pudieron haber tenido dificultades para llegar a un acuerdo con el entrelazamiento que hace el autor de su propia historia con el análisis de la crisis social, política y moral más profunda de la nación. “Quiero descubrir cómo y por qué he llegado a ser lo que soy”: estaba escribiendo no solo una novela autobiográfica, sino una historia colectiva de su generación. Al explorar sus raíces, su objetivo era descubrir las causas ocultas de los eventos que condujeron a la Guerra Civil. Pocos escritores españoles tuvieron su amplia experiencia. Sabía lo que era ser pobre y estaba inmensamente orgulloso de sus orígenes de clase trabajadora en Madrid, donde su madre era una lavandera. Como soldado había sido testigo de los horrores y desastres de la guerra colonial en Marruecos, y más tarde tuvo una exitosa carrera como empresario y locutor. Sin embargo, aunque su trabajo se basa en la experiencia personal, Barea trasciende el mero realismo. También mantiene una notable objetividad. En su descripción del Madrid asediado, por ejemplo, da testimo-

nio no solo del heroísmo de su pueblo sino también de la “locura ciega y monstruosa” que la revolución había desatado.

Barea amaba a Inglaterra, y ese afecto sentimental se expresó en sus transmisiones para la BBC. Lo veía como su misión interpretar el carácter y la forma de vida británica ante el público hispanoamericano. Cuando comenzó sus conversaciones durante la Segunda Guerra Mundial, la BBC estaba preocupada por contrarrestar la propaganda alemana en el subcontinente, y después de la guerra había una necesidad continua de proyectar una imagen favorable de Gran Bretaña, particularmente en Argentina, entonces bajo el régimen del General Perón. Lo que Barea hizo fue desarrollar y perfeccionar la técnica que ya había hecho suya durante la Guerra Civil cuando, como en *La Voz de Madrid*, transmitiendo al mundo exterior, había evitado deliberadamente la propaganda directa, prefiriendo contar historias sobre el coraje individual de la gente común, de instantáneas de la calle. De manera similar, como “Juan de Castilla”, hablando a Sudamérica desde la radio, se propuso transmitir la sensación y el sabor de la vida inglesa a través de “*stories from my village*” (cuentecillos de mi pueblo).¹⁴ Escribió para oyentes imaginarios “en lo profundo de las estribaciones de los Andes”, y su buzón de correos demostró que realmente existían. Muchas de

¹⁴ Una selección de estas charlas. Editada por Nigel Townson, fue publicada por Debate, Madrid, en 2000.



las conversaciones fueron sobre temas de la época: la creación del Servicio Nacional de Salud, la crisis de Suez de 1955, el debate sobre la abolición de la pena capital, pero fueron las historias sobre la vida del pueblo las más populares, porque eran las más pintorescas. Para un lector británico, son un registro nostálgico de la vida rural antes de la llegada de la televisión, el tráfico y de cuando eran adolescentes. Barea describió el autobús que iba dos veces por semana en las frías tardes de invierno para ir al cine en Faringdon: jóvenes cantando de forma vigorosa y marcando el ritmo en la cubierta superior con el acompañamiento de un acordeón, mientras las madres y las tías seguían tejiendo debajo. Los oyentes aprendieron cómo los esposos ingleses ayudan a sus esposas a fregar los platos sin perder su masculinidad. Tuvieron noticia de pasatiempos, huertos alquilados o exposiciones de flores, sobre el advenimiento del Rock and Roll, sobre la señorita Brown de la biblioteca itinerante (que tenía una estricta forma de tratar con los jóvenes que querían leer libros que no consideraba aptos para menores), sobre la enfermera del distrito y el maestro de escuela del pueblo (quien, al preparar una lección sobre la batalla de Trafalgar, aprendió la versión de los eventos de Galdós de su amigo español). Barea llegó justo a tiempo para captar algunas características de la escena local que pronto desaparecerían: los últimos “gitanos del agua” (*water gypsies*), que todavía transportaban carbón por ríos y canales en sus

barcazas pintadas; un vagabundo que sobrevivió a la Primera Guerra Mundial y se había echado a la carretera, un prisionero de guerra alemán que se había casado con una jovencita inglesa y se había establecido en el pueblo. Incluso fue tan lejos como para intentar defender el tedio del domingo inglés, y se tragó sin dudar la declaración de Lord Faringdon de que los trabajadores de sus casas de campo mejoradas debían recibir instrucciones sobre el uso adecuado del baño. Una característica habitual de las conversaciones fue “la tabernita de Frank”, un pub de pueblo imaginario donde los sabios locales debatían los temas del día con ese sentido común, decencia, tolerancia, apertura, sentido del juego limpio y buen humor que le gustaba a Barea pensar que eran característicamente ingleses. (“La tabernita” era un recurso puramente literario, y “Frank” no cambió su nombre cuando los Bareas se mudaron de Evesham a Eaton Hastings.) Resueltamente idealista (aunque el idealismo fue ampliamente compartido en la Gran Bretaña de los años inmediatos de la posguerra), era un hombre fundamentalmente simple, consciente de su deuda con el país que le había dado un hogar y donde pasó los años más felices y productivos de su vida. A diferencia de sus compañeros exiliados, se involucró en la vida social y política de su país adoptivo, y tomó la ciudadanía británica en 1948.

En la América española, Barea se convirtió en una celebridad, y cuando fue allí en una gira organizada por la BBC en 1956,

un año antes de su muerte, fue acosado por sus seguidores. De la edición bonaerense de *La forja de un rebelde* se vendieron diez mil copias a los pocos meses de su publicación en 1951. El régimen de Franco realizó una campaña en su contra, poco exitosa, para desacreditarlo como comunista (“no Barea, sino Beria”) y como un renegado que se había vendido por *oro inglés*.

Barea murió el 24 de diciembre de 1957, y sus cenizas fueron esparcidas en el jardín de su casa en Middle Lodge. Más tarde, Ilse regresó a su Viena natal. Su amigo y colega de la BBC, Olive Renier, les erigió un monumento en el cementerio de Faringdon, junto a la tumba de los padres de Ilse (que eran refugiados judíos de la persecución nazi).¹⁵ “No pude encontrar palabras”, escribió más tarde, “para expresar mis sentimientos por estas cuatro personas, cuyo destino era un símbolo de las grandes causas perdidas de nuestra generación”. Joan Gili, el editor catalán que se estableció en Oxford, escribió un obituario en *The Times* en el que rindió homenaje a la honestidad intelectual y la sinceridad apasionada de Barea: “Su obra durará por su alta calidad artística y como documento humano de nuestro siglo”.¹⁶

Las reacciones de estos tres escritores respecto a Gran Bretaña y los británicos son comparables con las de un grupo mucho más antiguo de liberales españoles que se refugiaron en Inglaterra en la década de 1820. Las *Cartas de Inglaterra*, por ejemplo, escritas por Blanco White para lectores hispanoamericanos, pintan una imagen tan idealista como lo harían las charlas radiofónicas de Barea más de un siglo después.¹⁷ Pero Blanco permitió que apareciera cierta ironía, mientras que la ironía era ajena a la naturaleza de Barea. Como la mayoría de los emigrados del siglo XIX antes que ellos, Cernuda y Garfias no echaron raíces en este país, pero cada uno a su manera obtuvo algún beneficio de la experiencia. Cernuda maduró como poeta, mientras que Garfias encontró un lienzo vacío en el que pintar sus recuerdos de la batalla en un paisaje muy diferente.

[Traducción del inglés: Germán Ramírez Aledón]

¹⁵ En diciembre de 2010, a iniciativa de William Chislett y un grupo de admiradores ingleses y españoles, tuvo lugar un acto de homenaje en el monumento levantado en su honor, que había sido restaurado. También se descubrió una placa en el pub favorito de Barea en Faringdon.

¹⁶ *The Times*, 28 de diciembre de 1957. Gili fue el editor de la primera edición del *Ocnos* de Cernuda (Londres, 1942).

¹⁷ J. M. Blanco White, *Cartas de Inglaterra*, ed. de Manuel Moreno Alonso, Madrid: Alianza, 1989.